

EL GUARDIÁN DE LOS RECUERDOS



Mari Carmen López Perea
(Cabra del Santo Cristo)

Cuando me vaya ya no habrá nada aquí a lo que pueda llamar mío. Estas calles y este pueblo ya no serán los míos. Mi casa ya no será mi casa. Y el nombre con el que mi madre me llamaba dejará de ser mi nombre.

A nada podré llamar mío. No podré borrarlos de mi memoria, pero no os volveré a nombrar.

Primera parte

*Y*o tenía 12 años cuando conocí a mi abuelo. Y mi madre tenía 35 cuando conoció a su padre. Hasta aquel día habíamos creído que estaba muerto. Al menos eso era lo poco que mi abuela había contado sobre él. La verdad era que mi abuelo al enterarse de que estaba embarazada, salió a comprar tabaco y nunca más regresó. Ni tiempo tuvo la pobre de que la hiciera una mujer honrada casándose con ella. La abandonó con sólo 20 años, con la vergüenza de ser una perdida y teniendo que criar sola a una hija. Pero mi abuela era una

luchadora. Se sobrepuso a todo y salió adelante. No se volvió a fiar de ningún hombre y le dijo a su hija que su padre estaba muerto, supongo que para evitarle la vergüenza y la pena de saber la verdad.

Pero una tarde de verano de 1970, mi abuelo apareció en la puerta de nuestra casa para pedir amparo en los últimos días de su vida. Sólo tenía 69 años pero parecía tener 100. En sus ojos viejísimos y tristes se veía todo el dolor y sufrimiento del mundo. Sabía con certeza que la muerte lo acechaba detrás de las esquinas y que no tardaría en reclamarlo. Sólo buscaba un poco de calor humano, conocer a la familia a la que había renunciado y tener un poco de paz en el final de su vida.

Mi madre lo acogió en casa sin dudar. Le perdonó su abandono a cambio de la felicidad de saber que tenía un padre.

Pasamos juntos sólo unos meses, porque murió tranquilamente, mientras dormía, en vísperas de Navidad. Yo intuía que la vida le había maltratado mucho y que su cuerpo y su corazón estaban cansados de vivir y de sufrir. Hubiese querido llegar hasta el fondo de su dolor, pero sólo me permitió asomarme un poco a aquel abismo que era su alma.

Durante aquellos meses me fue contando cosas de su vida. Al principio me habló de los años que había pasado en Méjico desde que dejó su España natal con 22 años. Intentaba contarme los momentos mejores que había vivido, las muchas gentes que había conocido en su ir y venir por mil lugares. Pero esas anécdotas divertidas no me engañaban. Yo comprendía que el dolor y la amargura le habían acompañado todos aquellos años. Le preguntaba por qué había dejado su país para venir a Méjico, pero siempre rehuía la respuesta. Comprendí que su dolor provenía de allí, que lo había traído con él como único compañero de viaje y que, como un avaro, durante todos aquellos años lo había guardado con afán, recreándose en él, viviendo sólo para no olvidar.

Cuando llegó el otoño ya estaba muy débil y casi no se levantaba de la cama. “El corazón”, decía el médico. “Es que ya me he cansado de vivir y he decidido olvidar”, me decía él.

Un día abrió de la maleta en la que había traído sus pocas pertenencias y de un bolsillo sacó una foto y me la tendió. Era una foto antigua de varias personas. Quizá una familia. Me resultó extraño todo en ella. Y de pronto pensé que podría ser una foto de España de cuando mi abuelo era pequeño. Había dos niños en la foto. Quizá uno de ellos era él.

No me dió ninguna explicación y la semilla de la curiosidad se plantó en mi cerebro. Quería saber más. ¿Quiénes eran aquellas personas?

Pasaron varios días hasta que mi abuelo empezó a hablarme de su vida en España. Se crió en un cortijo en Jaén. “Eso está en el Sur ¿sabes?. Hay olivos y olivos que se extienden por el horizonte hasta donde se pierde la vista. Es un buen lugar para criarse un niño. Sobre

todo si tienes un amigo como el que yo tuve. Fueron días muy felices para mí. Lo tuve todo y luego todo lo perdí. Alcancé el cielo para luego caer en el infierno para siempre”.

Llegó un momento en que mi abuelo pasaba más tiempo dormido que despierto. Se fatigaba mucho al hablar y mi madre no me dejaba importunarle con mis preguntas. Y poco a poco se fue apagando. Sólo a veces hablábamos un poco. Nos reímos hablando de mi abuela que era guapa y coqueta de joven y que en nada se parecía a la severa y enlutada señora que yo había conocido. Otras veces recordaba los juegos y las travesuras de su infancia. Se le alegraba entonces la mirada y se le aligeraba el corazón.

“¿Son tu familia esas personas de la foto?”, le pregunté un día. “Sí, en esa foto estoy yo con mis padres y mis abuelos. Tenía 9 años” “¿El otro niño es tu hermano?” “No, era mi amigo. El único que he tenido. Pero pasaron muchas cosas. Cosas muy dolorosas que nunca he contado a nadie. La desgracia se cebó sobre nosotros y sobre todos los que queríamos” me contestó. “¿Y que fue de él? ¿Se quedó en España?” “Si, allí se quedó. Enterrado entre las ruinas de la casa, con todos nuestros secretos. Yo lo maté”.

Hasta ese momento no había comprendido la profundidad de la desgracia de mi abuelo. Supe que algo realmente terrible le había ocurrido. Necesitaba conocer aquellos secretos enterrados.

Pero mi abuelo ya no habló más. Dormía y deliraba. Se creía un niño otra vez en su cortijo. Sonreía muchas veces. Otras veces lloraba pidiendo perdón. “Perdóname Lucía. En todos estos años ya he pagado por mis pecados” “Perdón”, repetía una y otra vez.

La tarde antes de morir yo estaba junto a él. Abrió los ojos, me miró y dijo en un susurro “Me alegro de haber conocido a mi familia. Es lo único bueno que me ha ocurrido en los últimos 50 años. Pero ya es hora de olvidar. Por fin los dejaré descansar en paz”.

Mi abuelo murió y se llevó su secreto y sus fantasmas con él. Pero yo no pude olvidarlos.

Durante los siguientes años no dejé de pensar en aquella historia. Me fui haciendo hombre. Dejé atrás todas las fantasías de la infancia pero no olvidé el cortijo, ni los niños de la foto con la sombra de la desdicha flotando sobre sus cabezas. Parecían felices. ¿Qué desgracia fue la que arruinó sus vidas? Me sentía impotente al verlos delante de mí y no poder gritarles y avisarles de que algo terrible les iba a suceder. Se veían tan inocentes, escuchando quizás un cuento, sintiéndose protegidos por sus mayores que no pudieron evitar la tragedia. Esa foto era lo único que tenía de mi abuelo. Su herencia. No tenía más cuando llegó a mi casa. Era sólo una foto, pero para mí se convirtió en una obsesión. Era la respuesta a todos los misterios y preguntas que él no me quiso responder.

Pasaron los años. Dejé atrás la adolescencia. Mis padres se esforzaron para que yo estudiara una carrera y yo no les quise defraudar. Trabajé duro porque un joven de familia humilde lo tiene mucho más difícil. Tuve que estudiar y trabajar al mismo tiempo. Me gradué y trabajé unos años. Todo como cualquier joven de mi edad. Pero desde hacía tiempo yo tenía planes para el futuro. Con 25 años había ahorrado algo de dinero para viajar a España, buscar mis raíces en Jaén y desenterrar los fantasmas de mi abuelo. Mis padres se sorprendieron al conocer mis planes. Fue duro convencerlos y luego separarme de ellos, pero mi decisión estaba tomada desde muchos años atrás.

El viaje fue largo y penoso hasta que un luminoso día de Abril de 1983 llegué a aquel pueblo perdido entre olivos y con el cielo más azul que había visto nunca. Todo me resultaba extraño, tan diferente de mi país y de la ciudad donde había vivido siempre. Extrañaba a mi familia, pero también me sentí un poco en casa. A fin de cuentas, allí estaba mi pasado.

Me alojé en la pensión del pueblo dispuesto, con entusiasmo, a empezar mi aventura como Sherlock Holmes. No sabía por donde empezar y por lo que yo sabía mi abuelo habría salido de allí hacía más de 60 años. Sólo tenía mi foto y unos nombres.

Empecé preguntando por los nombres que conocía, el de mi abuelo y el de Lucía, con la foto y la historia del cortijo. Según me contaron eso era como buscar una aguja en un pajar. Por aquella época mucha gente vivía en el campo en cortijos. Había muchos cortijos humildes, pero también había unos cuantos que pertenecieron a los señoritos y terratenientes dueños de grandes fincas de olivos, como las haciendas de mi país. En esas grandes fincas trabajaban y vivían muchas familias. Era casi imposible dar con las personas que yo buscaba. Además pensé que mi abuelo al huir del país posiblemente se habría cambiado el nombre y yo estaría buscando a una persona que no existía.

¿Cuál sería el verdadero nombre de mi abuelo? ¿Quién era Lucía? ¿Su madre, o una tercera niña en la historia? Estaba en un callejón sin salida. Ni siquiera mis vagabundeos por los cortijos y los campos me dieron ninguna pista.

Sabía que mi investigación no iba a ser fácil, pero estaban pasando los días sin resultado. La plata me empezaba a faltar y tuve que buscar trabajo. Mientras tanto me estaba convirtiendo en un personaje en aquel pueblo donde había tan pocos entretenimientos. Mi acento les sorprendía. Hablaban de mí. Algunos me tomaban por loco, pero pensaban que estaba corriendo una fantástica aventura viniendo desde tan lejos para conocer a mis antepasados.

No tendría que ser tan difícil. En el pueblo aún debían vivir personas con edad suficiente para haber conocido a mi abuelo. Y se me ocurrió investigar sobre toda clase de tragedias e historias truculentas que siempre se quedan en la memoria de los pueblos y que con el tiempo tanto gusta relatar. Pregunté sobre episodios especialmente tristes o dramáticos que ocurrieran en los cortijos a principios de siglo. Y me encontré con muchos.

No sabía cual había sido el drama de mi abuelo, pero esperaba encontrar algún dato que encajara.

Y ocurrió. Por fin un día descubrí quien era mi abuelo, su amigo y Lucía. Me contaron varias versiones de la historia, algunas con fantasma incluido, con las que fui reconstruyendo la verdad.

Había una gran finca llamada Agua Amarga con un gran cortijo que ya entonces tenía fama de embrujado y en el que trabajaba mucha gente. Había dos niños, Santiago y Miguel. Uno era hijo de Don Alfonso Hidalgo, el dueño de la finca y el otro era hijo de un jornalero que trabajaba para él. Lucía era también hija del amo. Y, aunque señoritos y jornaleros nunca se mezclaban, estos dos niños fueron amigos inseparables. Se criaron juntos como hermanos hasta que algo pasó. La gente no llegó a saber que había ocurrido, pero de la noche a la mañana Miguel desapareció sin avisar. El mismo día, Don Alfonso echó a su familia del cortijo y a casi todas las criadas de su casa. Pasaron unos años durante los que no se les vió y en los que se contaba que en la casa pasaban cosas raras. Hubo varias muertes desgraciadas, y entonces, con su fortuna menguada por algunos reveses de la suerte, algunos negocios fallidos y algunos vicios caros, Don Alfonso puso en venta su finca y con su familia, o lo que quedaba de ella, se marchó. Unos decían que a la Argentina, otros que a Madrid, el caso es que se fueron y nunca más se supo de ellos. Ni de Miguel.

La finca tardó muchos años en venderse y para entonces el cortijo estaba medio en ruinas por el abandono y por un incendio que ocurrió un par de años después de irse la familia. Destrozó una parte de la casa y entre los restos se encontró un cuerpo calcinado que nunca se identificó. Un vagabundo quizás, o alguien que de paso se había refugiado allí, porque no se echó a faltar a nadie del pueblo. Un fantasma que según parece habita ahora esa casa medio arruinada y que hace compañía a otros que ya la habitaban antes.

Eso fue lo que averigüé. Pero no resolvía mis dudas más importantes ¿Qué había pasado para que todo acabase así? ¿Quién era mi abuelo, Miguel o Santiago?

Mi siguiente paso fue visitar Agua Amarga. No había estado por allí en mis vagabundeos porque quedaba bastante lejos del pueblo. Vi la casa por primera vez una preciosa y luminosa mañana de Junio. Los pájaros cantaban y los jaramagos brillaban por todas partes. La primavera llegaba a su fin y todo estaba lleno de vida en los olivares: flores, pájaros, insectos y mucho sol. Y en medio de aquella alegría y aquella vida estaba la casa, como un cadáver putrefacto entre las flores. Debió haber sido una gran casa, pero el tiempo la había maltratado. Unos pinos le hacían sombra en la fachada, pero dejaban ver las ventanas sin persianas ni postigos, abiertas como cuencas vacías. Las paredes que fueron blancas se veían grises. La fui rodeando y en la parte de atrás vi las huellas del incendio: varias habitaciones con el techo caído y las paredes ennegrecidas. Hierbas y arbustos crecían por el suelo, dentro de la casa y se enredaban por todas partes. Volví a la entrada principal. No había puerta. Me pareció que allí, cerca de la casa, el sol brillaba

menos y los pájaros no se acercaban. Entré como pude entre la maleza. Dentro estaba fresco y oscuro. Noté que un escalofrío me recorría la espalda. Estaba todo lleno de suciedad y escombros, pero allí estaban las habitaciones, incluso había muebles y las escaleras hacia el piso superior estaban en pie. Curioseé un rato. La casa parecía viva. Crujían a mi paso las paredes y las vigas. Creo que no estaba acostumbrada a la presencia de extraños. Quería seguir guardando sus secretos para sí. Me fue invadiendo su tristeza. Había algo en aquella casa que helaba el corazón. Las paredes se habían empapado de las lágrimas y el dolor de los que allí vivieron. El corazón y el aire a mi alrededor me decían que allí dentro se había sufrido.

El silencio era opresivo. Salí otra vez a la calle y al notar el sol sentí un poco de alivio, pero no me podía sacar aquella soledad y aquella tristeza del corazón. Era como si una nube hubiese tapado el sol.

Pasados unos días la señora María tuvo una genial idea que por fin me ayudó a resolver el caso, aunque aún tuve que poner a prueba mi paciencia. Era la vecina de al lado de la pensión y muy amiga de la señora M^a Antonia, mi patrona. Les estaba contando mi visita al cortijo cuando se le iluminó la cara y me dijo: "Tiene usted que hablar (me llamaba de usted, aunque podía ser mi abuela, creo que porque yo era extranjero) con Teresa la del Fermín. Su casa es la de aquella esquina. Antonia, ¿no trabajaba su tía Mercedes de criada en el cortijo de don Alfonso Hidalgo? Seguro que sí. Era criada, cocinera o algo. Cuando a la tía la echaron de la casa se vino al pueblo. Estaba muy triste, la pobre ¿sabe usted? Al poco, su hermano Fermín y su cuñada murieron y dejaron en el mundo a Teresa con 8 añitos. Ella la acogió y la crió como a su hija. Murió muy mayor, con más de 90 años. Echaba de menos a aquella familia. Seguro que sabía cosas y seguro que le contó a su sobrina."

Un rayo de esperanza iluminó mi corazón... Pero otra decepción lo apagó. "Lo que pasa es que ya no vive aquí ¿sabe?. Cuando se quedó viuda se fue a vivir a Sabadell con sus hijos. Ella no quería, pero se la llevaron. Ya ve, para pasar un mes con cada uno. Toda la vida haciendo el equipaje es lo que le queda. Y criar nietos, claro". Sonrió pensativa Doña María "pero seguro que vienen en Agosto, para las fiestas como todos los años. Esto se pone de gente..." Y siguió hablando sobre los catalanes que llegaban en verano, y las fiestas, y la que se monta para cuatro días, y que menos mal que sus hijos se quedaron en el pueblo... y no sé qué más porque yo ya no escuchaba, sino que pensaba en el medio de localizar a aquella señora.

Unos días después conseguí un teléfono de uno de sus hijos en Sabadell y decidí llamarla. Cuando llamé a la casa hablé con una mujer que resultó ser su nuera. Se mostró muy recelosa, pero después de darle toda clase de explicaciones, me puso con la señora Teresa. Me presenté y tuve que contar todo una vez más. Le expliqué que estaba en su pueblo, venido desde Méjico tratando de averiguar la historia de mi familia. Le hablé de mi

abuelo, de lo que me contó y de lo que ya había descubierto. Se mostró muy sorprendida y reacia a hablar del pasado. “Son viejas historias que ya no importan a nadie. Hay que dejar descansar en paz a los muertos.”, me dijo. Yo le supliqué que me ayudara. Llevaba años esperando respuestas. Había dejado mi casa, mi familia y mi mundo para averiguar la verdad. Al final accedió a contarme todo lo que sabía sobre aquella historia, pero me dijo que sería mejor esperar a que ella fuese al pueblo en Agosto. “Hay cosas que no se deben contar por teléfono”. Además me podría enseñar fotos y cartas que tenía guardadas en su casa y que me ayudarían a entender mejor.

Lo único que me reveló fue cual de los dos niños de la historia era mi abuelo.

Tuve que esperar más de un mes a que la señora Teresa volviera a casa con sus hijos. Un día ví abierta la puerta de la esquina y el corazón me saltó en el pecho. Contuve mi impaciencia hasta un momento oportuno y unos días después empezaron mis charlas con ella tomando el fresco por la noche en la puerta de su casa cuando sus hijos la dejaban sola.

Era una viejecita muy agradable, pequeña, con el pelo muy blanco y los ojos tristes. Siempre iba de negro “Es que ya no me acostumbro a otro color” Me enseñó cartas y fotos de los niños, de Lucía, la preciosa Lucía que parecía un ángel y a la que su tía adoraba como a una hija. “Murió un poco por dentro cuando la echaron y la separaron de ella. Nunca dejó de sufrir porque se echaba la culpa de lo que pasó. Si no hubiese tenido que cuidarme se habría muerto de pena”. También vi a Don Alfonso y su señora, él alto y elegante, guapo y con ojos crueles, ella una dama rubia y de piel transparente.

“Yo conocí a tu abuelo cuando era niña. Lo ví sólo una vez. Fue el día en que se marchó para no volver más”. Sabía muchas cosas. Y poco a poco me fue contando las historias de aquellos niños a los que la vida había tratado tan mal.

Segunda parte

Todo empezó mucho antes de que naciera mi abuelo. La culpa de todo la tenía aquella casa que estaba maldita.

A mediados del siglo XIX apareció por el pueblo un hombre que, enseñando fajos de billetes, buscaba una finca de olivos para comprar y establecerse allí. Había viajado mucho, pero quería sentar la cabeza en un pueblo como aquel, tan parecido al suyo. A nadie le dio explicaciones de por qué no sentaba la cabeza en su propio pueblo. Y compró Agua Amarga. Él era un patán con dinero, pero su señora esposa si era una dama educada; “la marquesa” la llamaron, nacida en una familia bien de Madrid. Nunca se acostumbró a aquello, aunque su marido le construyó un palacete en medio de un mar de olivos, muy lejos de la corte y de cualquier sitio.

No llevaban más de tres años viviendo en su finca, cuando la señora, a quien la soledad le había ido consumiendo el cuerpo y la mente, y se creía viviendo en palacio, descubrió que su marido se acostaba con una de las criadas. Él siempre lo había hecho, pero ahora que su mujer estaba loca, lo hacía delante de sus narices, pensando que mientras ella se creía tomando el té con la reina, no se iba a enterar. Pero se enteró. Los espío, y una tarde se presentó en el dormitorio con un cuchillo de cocina en la mano con el que mató a los dos. Primero aprovechó la sorpresa para acabar con él y después siguió con la asustada criada que chillaba como un cerdo. Y como un cerdo murió saliéndole la sangre y la vida a borbotones por el cuello. Luego, con la sangre derramada, estuvo haciendo dibujos por la habitación y más tardé siguió pintando el resto de las paredes de la casa el con su propia sangre.

Después de aquello, nadie se quiso acercar en muchos años por aquel cortijo. Todo el mundo decía que había un fantasma en la casa. Cuando la familia Hidalgo vivió allí, las criadas contaban que cosas muy extrañas pasaban. Ruidos, objetos que desaparecían y aparecían en los lugares más extraños. Y una señora pálida que aparecía a veces para anunciar desgracias que luego se cumplían. Un día, el mismo Santiago Hidalgo desapareció durante horas. Lo buscaron por todos los rincones y al final apareció diciendo que había estado todo el rato allí, en el patio, hablando con una señora que le dijo que su madre moriría el 24 de Abril de 1920. Y aunque sólo le dieron crédito las criadas, ésa fue la fecha en que murió la señora, loca de dolor y de remordimiento.

Don Alfonso Hidalgo provenía de una familia rica. Su padre, Don Santiago Hidalgo, había amasado una fortuna partiendo del pequeño negocio que había heredado a su vez de su padre. Cuando Alfonso contaba 27 años a su padre le dio un ataque al corazón y murió, dejándole como heredero de su imperio. Casó a sus tres hermanas con los mejores partidos que encontró, metió a su hermano pequeño en el Seminario, y se dedicó a disfrutar de su buena posición. No quería acabar como su padre, muerto tan joven por trabajar sin descanso. Durante unos años viajó y se divirtió, y cumplidos los 35 decidió que tendría que asegurarse un heredero, de modo que procedió a la búsqueda de una señorita de buena familia para casarse y dar los mejores genes y apellidos a su descendencia.

Se decidió por la señorita Isabel Aparicio, de inmejorable pedigrí. Con su planta la conquistó a ella y con su fortuna conquistó a su familia. Su boda fue un acontecimiento social, como un cuento. La pareja viajó a París en viaje de novios y a su vuelta se instalaron en Granada, en la casa donde el novio había vivido toda su vida y desde donde dirigía sus negocios. Tardó poco tiempo Alfonso en olvidar que tenía una esposa y siguió persiguiendo faldas como había hecho siempre. Las criadas en su casa volvían a estar en peligro. Isabel también se desencantó pronto y casi prefirió que su marido no le exigiese tan frecuentemente sus obligaciones conyugales. Ella sólo necesitaba para ser feliz a sus amigas, sus reuniones sociales y sus comités de caridad, aunque jamás fue capaz de preocuparse por otro ser humano que no fuese ella.

A los dos años de casados Alfonso seguía sin heredero. Entonces decidió ampliar sus negocios a la agricultura. Quería una finca con tierras fértiles y donde, tal vez, criar ganado. Encontró, no lejos de Granada, en un pueblo ya de Jaén, una finca de olivos por un precio irrisorio. Así que la compró. Las historias de fantasmas que le contaron no hicieron mella en él. Así que llegó con su comitiva de albañiles y carpinteros para adecentar la casa y la finca. A su esposa, al igual que a la antigua inquilina, no le agradó vivir lejos de la civilización, rodeada de paletos ignorantes, así que siguió viviendo en Granada. Su marido solo en la finca se dedicó a perseguir cuanta pueblerina y criada tuvo a su alcance.

Pero al final, después de cuatro años, Alfonso consiguió su heredero. Su mujer dio a luz un niño al que llamó Santiago, en honor a su padre. Un año y medio más tarde nació Lucía, un ángel dulce y rubio que ablandó el corazón de su padre. Pero ya no llegaron más niños. Y al final dejó de visitar a su esposa en su habitación, cosa que, por otra parte, ella agradeció.

Durante sus primeros años, los niños vivieron en Granada, pero cuando Santiago se hizo mayor, su padre decidió que le vendría bien vivir en el campo y se lo llevó al cortijo. Supuso que así se haría un chico fuerte y sano. El niño estaba siendo una decepción para él. No tenía el aplomo y el carácter que tenía el padre. Era algo débil, tímido y sensible. Su madre, preocupada sólo por su apariencia y su vida social, tampoco prestaba mucha atención a sus hijos.

Miguel había nacido sólo unos meses antes que Santiago. Su padre y su abuelo eran jornaleros en el cortijo de Don Alfonso. Vivían todos en una vivienda de dos habitaciones y cocina a un kilómetro de la casa grande. Los hombres de la casa trabajaban de sol a sol en unos campos que no eran suyos. Las mujeres cuidaban la casa y los animales y a veces como en la época de la recolección de la aceituna, también iban al campo. La madre de Miguel había sido criada de la familia desde pequeña, y cuando se instalaron en el cortijo la trajeron con ellos. Allí conoció a su marido, un hombre de campo, callado, tímido y trabajador, que tardó meses en decidirse a acercarse a ella y hablarle, y más meses en pedirle que se casara con él. No podía creer en su suerte cuando ella lo aceptó. Al poco tiempo de casados nació Miguel, pero pasaron los años y ya no llegaron más niños.

El niño creció en aquella humilde casita, ayudando en el campo también, como era su destino, hasta que un día, cuando tenía 8 años, Don Alfonso pasó por la casa y se acercó al huerto donde el padre y el hijo estaban trabajando. La gente temía al amo porque era el amo y Miguel vió como su padre se quitaba el sombrero y bajaba la vista hacia el suelo sin osar mirarle a la cara. Él, sin embargo, le miró a los ojos y contestó sus preguntas con aplomo, contándole sus planes para el huerto y para su vida. Don Alfonso sonreía y le seguía haciendo preguntas. Luego subió a su caballo y se marchó. El padre le riñó por su descaro. Al amo había que hablarle con humildad.

Al día siguiente Don Alfonso mandó llamar al padre de Miguel. El mundo se le cayó encima al pobre hombre. Le echaría una bronca por no saber educar a su hijo. Pero resultó que el amo tenía proyectos para el niño. "Tienes un hijo muy listo", le dijo "Es una pena que se desperdicie en el campo. He pensado que venga al cortijo todos los días. Podrá aprender a leer y escribir y se educará con mi hijo. Yo me cuidaré de su futuro" Y pasó un rato contando los planes que tenía para el chico.

El padre de Miguel llegó a su casa completamente perplejo. No quería que el amo le quitase a su hijo, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Sus padres, los abuelos de Miguel, aunque estaban también muy sorprendidos, dijeron que el niño había tenido mucha suerte de que el señor se fijara en él. A la madre la idea no le gustó. Lloró, maldijo a Don Alfonso y prometió que se lo llevaría pasando sobre su cadáver. Pero Miguel se marchó a la casa grande, conoció a Santiago y enseguida se hicieron amigos. Ambos habían estado solos y descubrieron la alegría de tener a alguien con quien compartir juegos. Don Alfonso pasaba temporadas en Granada y una vez acabadas sus clases, nadie se ocupaba mucho de los niños. Estudiaban juntos, jugaban, se perdían por los campos y pasaban largos ratos en la casa de Miguel. A Santiago le gustaba aquella casa y aquella gente que le daba el cariño que le faltaba de sus padres. La abuela de Miguel, que estaba ciega y no salía de casa, les contaba cuentos e historias de miedo y fantasmas, en invierno junto a la chimenea y en verano bajo la parra del huerto. Fueron años felices para ellos. Mientras, la fortuna de los Hidalgo se iba viniendo a menos. Pedieron varios negocios y Don Alfonso decidió cerrar la casa de Granada y obligó a su mujer y a su hija a instalarse en el cortijo.

Y así fue como un día, cuando los dos niños salían corriendo del cuarto de estudios, Miguel vio una aparición que subía por la escalera. Le pareció que estaba viendo un ángel envuelto en lazos y sedas. Sus miradas se cruzaron un segundo y su corazón se paró. Era tan hermosa que no parecía de este mundo.

Así conoció a Lucía. Tenía 13 años y no se imaginaba que su destino acababa de cambiar. En aquel mismo momento supo que lo único que quería en el mundo era estar con ella.

Ya nada volvió ser igual. Su único objetivo en la vida era ver a Lucía, aunque podía pasar días y días sin conseguirlo. Pasaba como un alma en pena por la casa esperando encontrarla. Y cuando sus miradas se cruzaban sentía como si sus pies se separaran del suelo y pudiese volar. Sólo al cabo de muchos meses ella le habló, pero él, con un nudo en la garganta, no le pudo responder y pasó el resto del día temblando. Con el tiempo sus encuentros fueron más frecuentes y él se volvió más osado. Año y medio después de su primer encuentro se dieron su primer beso y medio año más tarde, por fin, se confesaron su amor.

Si aquellos dos jóvenes pudieron verse a solas fue gracias a Mercedes, la niñera de Lucía. Mercedes era una mujer del pueblo que se había casado joven con un mal hombre, que la culpaba por no tener hijos, aunque para ella ese era su mayor anhelo, y tras muchos años de maltratos y humillaciones la abandonó, marchándose lejos.

Cuando empezó a trabajar en la casa de los Hidalgo encontró en Lucía la hija que siempre se le había negado. La adoraba y vivía para ella. Nunca hubiera imaginado una hija mejor. No comprendía a Doña Isabel que se desentendía completamente de la niña y que sólo se preocupaba de que sus rizos estuviesen perfectos o de que el color de su vestido fuese bien con sus ojos. Lucía, que era una niña de corazón limpio y buenos sentimientos, se sintió querida y le correspondió queriéndola como a una madre y una amiga. Se convirtió en su confidente y fue a ella a quien le dijo, después de ver por primera vez a Miguel desde la escalera, que ese era el hombre con el que se iba a casar.

Así pasaron algunos años en que vivieron sólo para los escasos momentos en que podían estar juntos. Mercedes los encubría y nadie sospechaba nada. Ni siquiera Santiago. A Miguel le dolía ocultarle a su amigo aquel amor que era más importante para él que su propia vida.

Sabían que su amor era imposible y no sabían que sería de su futuro. Pero todo se precipitó cuando Don Alfonso le comunicó a Miguel su decisión de hacerlo ingresar en una escuela militar en cuanto cumpliera los 18. La noticia cayó sobre ellos como un jarro de agua fría y los obligó a tomar una decisión. Si seguían los dictados del amo les quedarían sólo unas semanas antes de separarse, y seguro que también había algún plan de matrimonio para Lucía.

Miguel planeó la fuga. Aprovecharían los días en que Don Alfonso estaba en Granada. Se marcharían en el tren a Madrid, donde no podrían encontrarlos. Se casarían y si daban con ellos, no tendrían más remedio que aceptar su matrimonio. No dijeron nada a nadie, ni siquiera a Mercedes, que nunca dejaría marchar a su niña.

La fecha de la fuga quedó fijada para un viernes y unos días antes se vieron, como siempre, en la habitación de Mercedes para concretar los últimos detalles. Él la esperaría en la estación y cogerían el primer tren que pasaba a las 7 de la mañana. Se abrazaron. "La próxima vez que nos veamos, ya no nos separaremos más". Se besaron con pasión. Su amor había sido puro, pero sus cuerpos se deseaban cada vez con más intensidad y aquel día el miedo al futuro les hizo abrazarse más fuerte y seguir más allá. Miguel acarició el cuerpo de Lucía llorando. No podía creer que aquella preciosa criatura le perteneciera. En la cama de Mercedes la hizo suya por primera vez entre lágrimas y risas.

La puerta se abrió de golpe y Doña Isabel apareció. El color huyó de su rostro. Abrió la boca pero no supo que decir y salió corriendo. Miguel no sabiendo que hacer, se despidió y huyó precipitadamente de la casa. No había tiempo de adelantar los planes de huida y no sabía si Doña Isabel encontraría el valor de contarle a su marido lo que había visto si él volvía antes del viernes. Sólo le quedaba ser paciente y pasar la semana con los recuerdos de Lucía entre sus brazos.

Los días de aquella semana se hicieron eternos. No hubo noticias de la casa grande y no se atrevió a acercarse. El viernes al alba, Miguel ya estaba en la estación. El tren pasó a las 7, pero mucho antes de haber subido solo en él, ya sabía que Lucía no iba a aparecer. Se sintió desesperado, ¿por qué ella lo traicionaba así? Era tarde para echarse atrás y con el corazón roto, se marchó.

Lucía no pudo acudir a la cita porque su madre sí fue capaz de contar todo a su marido. Lo hizo nada más verlo aparecer por la puerta el jueves por la noche. Don Alfonso subió las escaleras en dos zancadas, llegó a la habitación de su hija y la derribó al suelo de una bofetada. Salió dejándola encerrada con llave. Luego fue a buscar a Mercedes y le dió diez minutos para que recogiera sus cosas y se marchase de la casa. Mientras, Lucía lloraba detrás de su puerta gritando que quería a Miguel más que a su vida “No me lo quite padre, no le haga daño” suplicaba. Isabel se asustó porque pensó que iría a buscar a Miguel para matarlo. Intentó serenarlo para que no cometiera una barbaridad. “Mañana decidirás lo que hacer. Estas cosas se pueden arreglar” le susurraba al oído. “No mujer, tú no lo entiendes, esto no tiene solución” le contestó entre sollozos mientras hundía la cabeza entre las manos.

Al día siguiente, cuando Miguel ya estaba en la estación, fue a su casa a buscarlo. Sus padres no sabían nada de él, pero de todos modos, sin dar ninguna explicación, los echó de sus tierras sin tener en cuenta los años de trabajo del padre y del abuelo y de los ruegos y los lloros de la madre. Les advirtió que si volvía a ver a su hijo por allí, él mismo lo mataría.

Miguel no apareció y la familia se fue a vivir al pueblo. La madre de Miguel no se recuperó. Vagaba por el pueblo con la razón perdida y el corazón roto buscando a su hijo por las calles y las casas de los vecinos, hasta que un día fue a buscarlo por los campos y ya no volvió. Encontraron su cuerpo en el fondo de un barranco tres días después.

Mientras tanto Santiago no entendía lo que pasaba. Primero le dolió profundamente que su amigo le ocultara aquel secreto tan grande. ¿Temía, quizás, que no los comprendiera? Y luego estaba la reacción de su padre. Era normal que se enfadara. Lucía era su ojito derecho y seguro que tenía grandes planes para su futuro en los que no entraba el hijo de un campesino. Pero no se podía olvidar que él mismo había acogido a aquel muchacho y lo había tratado como a un hijo, proporcionándole educación e intentando asegurarle el futuro. Después del drama, lo normal habría sido una discreta boda y dejarlos vivir su amor en paz. Sospechaba que algo más pasaba. ¿Y dónde estaba Miguel? ¿Por qué no aparecía y reclamaba a su hermana para que su padre la dejara salir de aquella cárcel en la que lloraba noche y día? Se estaba portando como un cobarde. Salió a buscarlo al pueblo y visitó a la familia que, hasta hacía tan poco, había sido casi la suya. En la choza donde vivían encontró a la madre de Miguel. Ella no sabía nada. Nadie sabía el motivo de la desaparición de su hijo, ni de la furia de Don Alfonso. Santiago le contó todo lo que habían descubierto en los últimos días, y entonces ella se puso a llorar en silencio. “Todo esto es por mi culpa”, le dijo por fin. “Nunca debí dejarlo ir al cortijo. Miguel no puede volver. No deben volver a verse nunca más. Lucía es su hermana”.

La madre de Miguel era una bonita niña, sirvienta en una gran casa en Granada. El señorito de la casa era alto y apuesto y tenía como entretenimiento perseguir mujeres. Las perseguía fuera de casa, en los salones que frecuentaba, y luego en casa seguía con las criadas, quisieran ellas o no. La niña se hizo mayor y siguió sirviendo en un cortijo que el señor se había comprado en tierras de Jaén. Fue allí donde él reparó en que ella había dejado de ser una niña y decidió que tenía que ser suya. Y así fue como la niña se convirtió durante meses en su juguete. Hasta que se quedó embarazada. Entonces el señor al enterarse, le pegó y la echó de la casa. Le dió 50 pesetas para que se comprara su ajuar, se casara con un campesino que sabía que la rondaba y no apareciera nunca más donde él pudiera verla.

Y se casó con aquel campesino que le prometió cuidarla y sin hacerle preguntas. Era un buen hombre y ella deseó poder amarlo, aunque nunca lo consiguió. A su debido tiempo nació Miguel y si su marido sospechó que no era hijo suyo, nunca dijo nada y siempre lo trató como si lo fuera.

Pasaron algunos años. Un día Don Alfonso, después de pasar la tarde con una de sus fulanas, se vio desnudo en el espejo y se asombró de ver al viejo que se reflejaba en él. Realmente se sentía viejo. La vida se le escapaba demasiado deprisa. Sus negocios no iban demasiado bien. Casi no se hablaba con su mujer. Y su hijo era una desilusión para él, tan apocado y sin carácter. Estaba viendo la muerte que le rondaba. Y entonces, sin saber por qué, decidió ir en busca de Miguel. Deseó conocerlo. Al fin y al cabo era su hijo y tenía derecho. Y luego, hablando con él, descubrió la inteligencia y el carácter que le faltaba a Santiago. Le gustó aquel niño y decidió hacerse cargo de él.

Lucía, encerrada en su habitación, siguió llorando durante semanas. Ya apenas gritaba ni arañaba la puerta. Su madre pasaba horas delante de la puerta cerrada después de suplicar a su marido que la abriese. Pero éste no permitió que nadie la viese ni entrase en la habitación. Un día, por fin, dejó de oírse su llanto y, al entrar para dejarle la comida, Don Alfonso la encontró muerta encima de su cama, abrazada a una de sus muñecas. Nadie la hubiese reconocido. Había adelgazado mucho, tenía el pelo sucio, revuelto y enmarañado, la ropa hecha jirones. Su cara estaba desencajada en una mueca de mudo dolor. Sus ojos muy abiertos le miraban fijamente, acusándole de su crimen. El entierro fue en el jardín de la casa para evitar los cotilleos del pueblo.

La ruina se cebó con la familia. Los negocios iban de mal en peor, las cosechas eran malas y al final la señora murió dos años después de Lucía. Entonces Don Alfonso, que ya parecía un anciano, puso en venta todo lo que le quedaba, incluida la finca y se marchó de aquel lugar maldito con su hijo, lo único que tenía en el mundo.

Se instalaron en Madrid, en un modesto hotelito. Ya antes de partir Don Alfonso se encontraba muy débil y el viaje lo debilitó aún más. En su primera noche en su nuevo hogar le dijo a su hijo "Encuentra a Miguel. Tú lo tienes que matar". A la mañana siguiente estaba muerto en su cama. Murió mientras dormía. Una muerte tranquila que no mereció.

Durante aquellos dos años Miguel vagó y malvivió por España. Mandó cartas a Lucía que ella nunca recibió. Al principio la odió por haberle traicionado y haberle abandonado aquella mañana. Se sintió triste y hundido en la amargura durante meses. Después empezó a pensar que quizá no pudo acudir, que su padre se lo impidió. Quizá ya la había casado para alejarla de él. No sabía que hacer, pero al final la añoranza lo rindió. No podía pasar ni un solo día más sin verla. No podía seguir viviendo sin ella. Regresó sin saber lo que podría encontrar.

Y no encontró nada. El cortijo estaba cerrado. Buscó a su familia, pero ya no estaban en su casita. Los buscó en el pueblo. Su madre y su abuelo habían muerto y su padre parecía un anciano. Se sintió culpable del dolor que habían sufrido. Contó a su padre lo ocurrido antes de su partida, porque el pobre hombre aún no sabía el motivo de su desgracia. Y ni él ni nadie supo darle noticias de la familia Hidalgo, porque casi no habían visto a ninguno de ellos en los últimos años. Sólo sabían que se habían marchado.

Hundido en la más negra desesperación decidió marcharse de allí. Se despidió de su padre a quien no se atrevía ni a mirar a la cara, avergonzado de todo el mal que había causado. Su padre lo dejó marchar. No quería que se quedara para siempre enterrado en aquella miseria y tan cerca de sus recuerdos. Fuera de allí saldría adelante. A él sólo le quedaba esperar la muerte en aquel rincón.

Miguel decidió pasar por el cortijo por última vez y despedirse de sus fantasmas. Y fue vagando por la casa cuando se topó con la tumba de Lucía. En la lápida de madera, casi podrida, aún podía leerse su nombre. Creyó morir de dolor. Todos sus sueños murieron en aquel momento. ¿A dónde podía ir si ya no la iba a encontrar? ¿Qué podía hacer ahora si lo único que deseaba en su vida era estar con ella? Lloró durante horas sobre aquella tumba. También aquella muerte había sido culpa suya. Si hubiera vuelto antes podría haberla salvado. Se habría enfrentado a Don Alfonso y se la habría llevado por la fuerza, en lugar de huir como un cobarde. Él mismo había acabado con todo lo hermoso que había tenido en la vida: Lucía, su familia y su propia vida.

No tenía a donde ir y tampoco quería dejarla sola en aquel maldito lugar. Así que se quedó en el cortijo, viviendo solo, como un animal y cuidando de Lucía. Sufriendo tal vez pagaría por todo el mal que había causado.

Y así pasaron los meses, esperando que la penitencia mitigara su dolor. Pero ni el perdón ni la paz llegaron.

Santiago sólo pensaba en cumplir la última voluntad de su padre. El odio crecía en su corazón. Se había convertido en un muchacho amargado que vivía para la venganza. Encontraría a Miguel y lo mataría porque él era el culpable de todas las desdichas de su familia. Primero le había quitado el cariño de su padre, luego había cometido aquel horrible pecado con su propia hermana, que había muerto por su culpa. También era culpable de la

muerte de su madre, consumida por el dolor y de la de su padre, consumido por el odio. Los había traicionado a todos. Así que acabaría con él aunque fuese lo último que hiciera.

Dos años después de abandonar el cortijo volvió al pueblo a buscar a Miguel. No lo encontró. Pensó ir al cortijo pero nada más llegar y ver la casa se arrepintió de haber ido. Odiaba aquel lugar. Le parecía oír los gritos de su hermana y los sollozos de su madre. Aquel sitio estaba maldito.

Y allí se encontró con Miguel. Al principio no lo reconoció con su aspecto harapiento y aquel brillo de locura en los ojos. Fue su voz lo que reconoció cuando él lo llamó por su nombre. El odio le revolvió las tripas y toda la sangre se le subió a la cabeza.

Al día siguiente, al amanecer, alguien aporreaba la puerta de Mercedes, la niñera. Pensó que era un mendigo. "Soy Miguel", le dijo. Sollozando y temblando le contó los meses que había pasado en el cortijo sin separarse de Lucía, llorando por ella, intentando expiar sus culpas. Pidiendo perdón. Le contó que Santiago apareció la noche pasada. Llegó dispuesto a matarlo y le dijo cosas horribles llenas de odio y rencor. Le contó la verdad. Toda la verdad sobre su padre, Lucía y la muerte de todos ellos. Tenía un arma, se pelearon y al final Santiago quedó tendido en el suelo con un disparo en el corazón. "No pude evitarlo", decía entre sollozos. "Fue un accidente. Otra vez tengo las manos manchadas de sangre". Había prendido fuego a la casa para ocultar el cuerpo. Traía una caja con fotos y recuerdos de Lucía. Los había cogido de la casa y se los quería dejar a ella porque sabía que los cuidaría y mantendría vivo su recuerdo. Él no debía pensar en ella nunca más, ni recordarla, ni nombrarla siquiera... Hubiera deseado morir allí, acabar junto a Santiago, pero decidió que merecía vivir. Vivir para pagar sus pecados con toda una vida de sufrimiento. No merecía el descanso de la muerte. Tenía que huir y no se llevaría nada consigo. Sólo quiso una foto de su familia, una en la que también estaba Santiago. Los dos eran niños "Entonces éramos felices" dijo. Y se marchó.

Buscando un sitio donde empezar de nuevo se marchó a Méjico. Tenía 22 años pero su alma era la de un anciano que sólo esperaba la muerte. En el barco, viendo que la costa se perdía en la lejanía, se le veía murmurar. Parecía que rezaba. Pero no estaba rezando. Había dejado de creer en Dios. Sólo se estaba despidiendo.

Se despedía de Miguel que, tal como él quería, sí había muerto aquella noche junto a su amigo. Porque ya no era Miguel aquel que se marchaba, sino alguien sin nombre ni familia. Sin pasado y sin futuro.

Final

Esa fue la historia que relaté a mi madre cuando volví a casa. Ella escuchaba entre lágrimas mientras yo hablaba también con un nudo en la garganta. Mirábamos las fotos

que Teresa me había regalado. “Te pertenecen a ti”, me dijo. “Son tu familia. Tu seguirás recordándolos ahora que a mí ya no me queda mucho tiempo”. Las hemos guardado como un tesoro, pero de todas ellas, mi preferida es aquella que mi abuelo llevó consigo toda la vida. El único recuerdo feliz que atesoró en toda una vida de desdichas.

De mi aventura me quedó un sabor agridulce. Tantas injusticias y sufrimientos me han dejado un nudo en el corazón que con el paso de los años no he podido aflojar. Siento una gran pena por Lucía y Santiago que murieron en la flor de la vida después de mucho dolor y por mi abuelo que fue arrastrando su sufrimiento por el mundo durante 50, intentando encontrar la paz y el perdón por unos pecados que no había cometido. Después de saberlo todo creo que comprendí por qué abandonó a mi abuela embarazada. No creía merecer una familia. Pensaba que no tenía derecho a la felicidad.

Pero también me quedan dos grandes alegrías. Haber conocido a mi abuelo y haberle dado un poco de felicidad y calor en sus últimos días, y la satisfacción de haber conseguido que su recuerdo y el de todos los que amó, no murieran con él.